

HISTORIA DE CHILE

EL REINO DE CHILE A FINES DEL PERIODO COLONIAL

SERGIO VILLALOBOS R.

Dijo un antiguo cronista que Chile colgaba al cinto de América como una espada. La imagen es exacta por dos razones: nuestro territorio se mantuvo como elemento aislado dentro del continente y en él la tenacidad de la guerra pudo compararse con el temple del arma.

Situado a este lado del continente, enfrentando un océano cuya inmensidad hacía imposible comunicaciones normales, con toda razón hubo de considerarse a nuestro país como el último rincón del mundo. Las vías de comunicaciones, todas, eran largas y azarosas.

Las mercaderías, noticias y viajeros que de España venían a Chile, debían, en primer lugar, soportar la travesía del Atlántico en barcos chicos y frágiles, insignificantes frente a los elementos desencadenados; cruzar a través de sendas enmarañadas la región montañosa del istmo de Panamá, lleno de las acechanzas que en los trópicos prodiga la naturaleza, y, en seguida, volver a embarcar rumbo al Perú. Allí se permanecía algún tiempo, sujeto a las tentaciones de la tierra¹, hasta que un nuevo barco emprendía la navegación contra la Corriente de Humboldt para llegar, finalmente, a puerto chileno.

Otra vía que se podía seguir era la señalada por la navegación hasta Buenos Aires, de donde se iniciaba la marcha a través de la soledad de la pampa para luego escalar la cordillera, abierta sólo en algunas épocas del año, y llegar al valle de Aconcagua. Esta ruta

fué la que siguió hacia 1581 don Alonso de Sotomayor cuando vino desde España con un destacamento de tropas a tomar posesión del cargo de gobernador². Los seiscientos soldados que había enganchado, fueron embarcados en San Lucar de Barrameda el 25 de septiembre de 1581, en la flota que al mando del general Diego Flores de Valdés se dirigía a poblar en el Estrecho de Magallanes. Recién se habían hecho a la mar los veintitrés navíos de alto bordo que la componían, cuando un formidable temporal la obligó a recalar en Cádiz, perdidos tres barcos y tan maltrechos los demás, que hubieron de pasar dos meses de activas reparaciones para poder de nuevo lanzarse a la travesía.

En marzo de 1582, la armada llegó a la bahía de Río de Janeiro, con más de tres meses de navegación, uno de los cuales se pasó al ancla en las islas de Cabo Verde. En la costa brasileña permaneció siete meses aguardando la primavera, estación favorable para embocar el Estrecho, durante los cuales —según Barros Arana— causó estragos entre los hombres una fiebre llamada “mal de seso”, que causó ciento cincuenta bajas, mientras la polilla de mar o broma daba cuenta de los cascos de las naves. Reducida a dieciséis barcos, la expedición salió en busca del Estrecho; pero después de perder una de las naves y su tripulación, dió la vuelta al Brasil, donde perdió otra más. Para mayor de males, recibieron allí la noticia de un nuevo peligro: tres corsarios ingleses merodeaban por la costa y acababan de abordar a un navío español.

Estando ya la flota reducida a once barcos, Sotomayor decidió pasar por tierra con sus

¹ En 1565 el licenciado Castro, que preparaba en Lima un refuerzo destinado a Chile, decía: “hallo harta contrariedad de la gente holgazana desta tierra que todos se querrían estar en esta ciudad comiendo pasteles”. Biblioteca Nacional, Sala Medina, Manuscritos, tomo 230, pág. 47.

² Barros Arana, *Historia General de Chile*, Tomo III, Caps. VIII y X.

tropas a Chile, mientras Flores de Valdés ejecutaba un nuevo intento para entrar en el Estrecho.

"Sotomayor discretamente nota
 "Que pretender llegar por el Estrecho,
 "A Chile en salvamento con su flota,
 "Era de más peligro que provecho:
 "Así, a otra nueva y áspera derrota
 "Dispuso el animoso y fuerte pecho,
 "Rompiendo de un desierto peregrino
 "Más de quinientas leguas de camino³.

Con tres naves a su disposición, el gobernador remontó el Río de la Plata, donde perdió una nave cargada de ropas y armas, hasta lograr desembarcar con todos sus hombres en Buenos Aires.

Comenzaban las penurias del viaje terrestre.

Provisto de caballos, carretas de andar parsimonioso, toldos, ropas, alimentos secos, etc., comprados con dinero de su propia gente, Sotomayor inició la marcha por la llanura. El personalmente partió adelante dispuesto a alcanzar pronto a Chile; pero sólo pudo llegar a Mendoza a fines de abril, cuando recién se había cerrado la cordillera, y hubo de permanecer allí hasta que septiembre trajo de nuevo la estación propicia.

El grueso de la fuerza, mientras tanto, había ido avanzando por la pampa, sufriendo los rigores del hambre y del frío, amén de las continuas deserciones. Aun se llegó a perder la ruta y si no hubiese sido por los exploradores despachados por don Alonso en busca de la columna, es posible que ésta se hubiese dispersado completamente.

Ya comenzaba a pasar el invierno cuando las fuerzas llegaron a Mendoza. De los seiscientos soldados que habían partido de España, apenas quedaban más de cuatrocientos.

La travesía de la cordillera, no el menor de los obstáculos, aún hubo de dilatarse por algún tiempo mientras aquella se despejaba y los hombres se reponían de las penurias sufridas.

Inquietado por la demora y ansioso de llegar al fin del camino, Sotomayor, dejando nuevamente atrás su columna, partió en cuanto fué posible y pudo llegar a Santiago el 19 de septiembre de 1583.

Hacia dos años que el gobernador había partido a tomar posesión del cargo.

El caso es excepcional, sin duda, pero nos muestra las dificultades de las comunicaciones.

Otra vía practicable era la del Cabo de Hornos, la más arriesgada de todas; pero la única posible cuando se deseaba llegar con un barco hasta el litoral chileno. Desafiando aquellos mares embravecidos por tormentas deshechas que fundían los días en una sola prolongada angustia, llegaron a Chile las flotas corsarias de los siglos XVI y XVII, los escasos navios de registro que partían desde la Península, algunas expediciones científicas y los barcos que se deslizaban hacia el Pacífico tentados por la facilidad del contrabando.

Esta derrota fué más frecuentada en el siglo XVIII que en los anteriores; pero solamente fué la vía de los intereses fuertes: la piratería, el contrabando y el comercio lucrativo.

Cualesquiera que fuese la ruta seguida para alcanzar hasta el reino de Chile, ella era larga, accidentada y peligrosa.

El aislamiento del Pacífico a la navegación se reflejaba curiosamente en las técnicas, los métodos y los materiales náuticos, aspectos tan dejados de mano por los que se dedicaban a los asuntos del mar, que no pudieron menos que impresionar a don Jorge Juan y a don Antonio de Ulloa, los hábiles marinos que tuvieron oportunidad de conocer y experimentar por sí mismos el desorden en los puertos y en los navios.

Ambos autores consignaron en sus *Noticias secretas de América* observaciones agudas y datos curiosos, algunos de los cuales hemos recogido para dar una idea de lo que era aquello al promediar el siglo XVIII.

Lo que más debía llamar la atención a un ojo experto, era la forma de los barcos, tan

³ J. T. Medina, *Cantos XVIII y XIX de Armas Antárticas*, poema de D. Juan de Miramontes Zuazola. Santiago, 1924, pág. 21.

desproporcionada y contrahecha, que Juan y Ulloa no vacilaron en calificar de monstruosa. Por un lado las reglas de la buena construcción naval, que defendía el constructor, que saldría perdedor, y por otro, el interés del que mandaba hacer el barco, que deseaba dar la mayor capacidad a las bodegas que luego repletaría de trigo y sebo, producían aquellos abortos flotantes. No importaba que la eslora y la manga desconociesen las proporciones, que el alcázar estuviese recargado o que el agua se colase por la borda con el menor oleaje. Lo importante era la amplitud de las bodegas, aun cuando la nave saliese demasiado barriguda y remolona para avanzar. Si sobreveníá un temporal, allá se las arreglaría el capitán, si podía, y si no, se iban tripulación, barco y carga, todos juntos, al fondo del océano.

Los hombres de mar debían tener pericia y valor, sobre todo lo último.

Cuentan nuestros autores que en cierta ocasión un patrón de navío mandó a los astilleros de Guayaquil, que eran los que gozaban de mayor prestigio, una fragata de que era dueño para que le diesen carena y le hiciesen algunos otros acomodados. Allí la nave cayó en manos de un constructor bastante listo, el que después de pasearse por la cubierta, observar la nave y ponerse meditabundo, dijo poco más o menos al dueño, que lo seguía: "que lo primero de todo era ver hacia qué parte se le había de poner la proa, y que siendo toda la embarcación de una misma figura, por cualquier parte podía, como dueño de ella, determinar lo que quisiese..."⁴.

En parecido estado de atraso se encontraba lo relacionado con el aparejo de las naves, según opinión de los mismos autores.

Refiriéndose a las lonas que servían para el velamen, por ejemplo, anotan que se usaban las de algodón que se fabricaban en Cajamarca y Chachapoyas (Perú), de poca duración "no tanto porque la materia es compuesta de una fibrazón endeble y corta como es

la del algodón, cuanto por la flaqueza del tejido, pues ponen tan poco cuidado en el torcido del hilo, y las hacen tan flojas que se clarean como si fuera una red"⁵. A ese inconveniente se agregaba el de la elasticidad del algodón. Cuando el viento pegaba fuerte en la vela, ésta se ensanchaba y se llenaba de porosidades en los entrecruzamientos de los hilos, vale decir, en cantidades infinitas, "des-haciéndose por ellas parte de la fuerza del viento".

No mejor paradas quedaban las jarcias que se fabricaban en Chile, de que han hablado con cierto orgullo nuestros historiadores. "La imperfección —anotan Juan y Ulloa— en que están todavía las lonas de que se sirven en aquella mar es igual a la que tienen las jarcias que se fabrican en el reino de Chile, y no hay duda que la calidad del cañamo, excediendo al del Norte por lo largo y delgado de sus fibras, haría jarcias sobresalientes; pero los trabajan tan mal que, dejándole parte del cañamazo y de la paja en que se cría, hilándolo con desigualdad y colchándolo mal, salen las jarcias desiguales y malas"⁶.

A los detalles sobre las técnicas y los materiales, habría que agregar otros cientos que hacían de la navegación una de las empresas más arriesgadas. A ellos se sumaba todavía la ignorancia de los pilotos y los capitanes, que en el siglo XVIII parecían diferir muy poco de aquel piloto que había traído Almagro hacia dos siglos, Cristóbal Quintero, "más aficionado que otro a una baraja de naipes, pero en el astrolabio ignorante".

La indisciplina y la falta de método se unían a la irresponsabilidad de todos los que se encontraban a bordo para completar el riesgo de la navegación. Para probarlo citaremos las curiosas líneas que los mismos marinos ya citados dedican a narrar hechos que les tocó presenciar: "Durante la navegación, el piloto y el contra maestre hacen la guardia alternativamente, y ésta consiste en ésto: el uno de los dos que no está de guardia duerme profundamente en su catre o ca-

⁴ Jorge Juan y Antonio de Ulloa, *Noticias secretas de América*, Buenos Aires, 1953, pág. 97.

⁵ *Ibidem*, pág. 79.

⁶ *Ibidem*, pág. 80.

marote, y el otro que está de guardia manda hacer su cama sobre el alcázar, o a la puerta de la cámara, y allí duerme con todo descuido, y a su imitación practica lo mismo la demás gente de la embarcación, de modo que llena de camas la cubierta queda hecha un dormitorio. El cuidado del navío queda absolutamente entregado al timonel, y cuando este no puede resistir el sueño, amarra la rueda del timón para mayor seguridad y se duerme como todos los demás...⁷.

*
* *
*

A los obstáculos que la naturaleza y el atraso de las técnicas oponían a las relaciones con América, se unían los que intencionadamente levantaba la política española, especialmente en cuanto al comercio, actividad primordial para el conocimiento de los pueblos y con la cual se mueven influencias de toda especie. El monopolio fué el sistema que rigió las relaciones comerciales desde que se conquistó el territorio americano hasta que el movimiento general de 1810 proclamó la libertad de comercio.

En una primera época, hasta 1765, el monopolio fué ejercido por el solo puerto de Cádiz, por donde necesariamente había de pasar todo lo que iba de las colonias y lo que a ellas era despachado. Desde esa fecha se abrieron al comercio nueve puertos en España, medida que vino a hacerse extensiva a Buenos Aires y Chile al finalizar el período colonial, en 1778. Solamente el contrabando, ejercido a la luz del día, morigeraba el rigor del sistema.

Aun hay que agregar la barrera formidable que para el intercambio de ideas significaba el idioma, la ignorancia que se tenía de otras lenguas y el fanatismo religioso que hacía ver en todo extranjero a un hereje, un elemento disociador. Las páginas que Miguel Luis Amunátegui ha dedicado en *Los Precursores de la Independencia de Chile* a la prohibición impuesta a los extranjeros para entrar

en América y la expulsión de los que se habían filtrado, nos evita extendernos sobre el asunto⁸.

Siguiendo nuestro propósito de mostrar hechos típicos que retratan la situación en que vivía la sociedad colonial, vamos a copiar las líneas que el mismo autor antes mencionado dedica en su *Vida de don Andrés Bello* a un incidente ocurrido en Caracas en 1810, revelador del desprecio e ignorancia que se tenía de las cosas ajenas a España⁹.

"Cierta día, un expreso, despachado a toda prisa por el gobernador de Cumaná don Juan Manuel de Cajigal, trajo al presidente Juan de Casas un oficio a que venían anexos dos números del *Times*.

"El oficio estaba escrito con mucha concisión a causa del apresuramiento que se había tenido para enviarlo; pero en la secretaría de la gobernación, se le juzgó como nacida de la pequeña importancia del asunto.

"En efecto, Cajigal se limitaba a decir que el gobernador inglés de Trinidad acababa de remitirle aquellos dos números del *Times*, en los cuales se contenían noticias muy dignas de ser consideradas.

"Casas leyó aquella comunicación que, por sí sola, significaba poco; miró los diarios adjuntos; y como ignoraba el inglés, llamó, según costumbre, a Bello; y le entregó los impresos, a fin de que tradujera los artículos que aparecían marcados.

"Don Andrés examinó los números del *Times* a la ligera, sin fijarse absolutamente en lo que anunciaban.

"Los artículos cuya versión se le encomendaba eran de dimensiones tan descomunales, que llenaban varias columnas.

"Esta extraordinaria largura le infundió, como vulgarmente se dice, miedo de acometer la tarea.

"Por ésto, después de haberles echado un vistazo, más bien para medir la extensión del trabajo, que para buscar el sentido de lo escrito volvió a doblar los diarios, y aplazó la traducción para después.

⁸ Obra citada, Cap. VI.

⁹ *Vida de don Andrés Bello*, Cap. VI.

⁷ *Ibidem*, pág. 100.

"A lo expuesto, se redujo la importancia que aquellos papeles merecieron desde luego al presidente y a su intérprete o secretario.

"Al día siguiente, don Juan de Casas preguntó a Bello, pero siempre con indiferencia, por la traducción que le había encargado.

"Don Andrés se vió obligado a confesarle que aún no la había principiado.

"A fin de evitar que el superior pudiera reconvenirle, se dedicó sin tardanza a ejecutar lo que le había ordenado.

"Tan pronto como recorrió los primeros períodos, quedó estupefacto con lo que iba leyendo.

"A la verdad, las noticias eran de una magnitud y trascendencia imponderables.

"Aquellos artículos comunicaban nada menos que la ruina de la antigua y legítima dinastía de los Borbones, y su reemplazo en el trono de las Españas y de las Indias por la familia advenediza de los Bonapartes.

"Relataban con prolijos pormenores los sucesos de Bayona, la abdicación de Carlos IV y de su hijo, la exaltación de José, hermano del emperador de los franceses, la confinación del ex-rey y de los infantes al interior de la Francia; y para no dejar asidero a la más leve duda, copiaban íntegras todas las piezas y documentos oficiales.

"Bello participó apresuradamente a Casas lo que acababa de saber; y en seguida, para satisfacer la impaciencia de la curiosidad que éste sentía, iba entregando por trozos, a medida que los traducía, en pliegos y medios pliegos de papel, los artículos del *Times*, en que se daba cuenta de tan portentosos acontecimientos.

"Don Juan de Casas se sumergió en la mayor perplejidad.

"No atinaba con lo que había de hacer.

"Para tomar algún partido, hizo venir inmediatamente a varios personajes que gozaban de su confianza . . ."

"Aquellos señores escucharon la lectura de los artículos del *Times*, y entraron después en deliberación.

"Como no les agradaba prestar crédito a lo que se anunciaba, los más de ellos hallaron

bien pronto a la noticia una explicación que juzgaron sumamente satisfactoria.

"Los artículos del *Times* contenían, en su concepto, un atajo de embustes destinados a estimular la rebelión entre los americanos.

"Aquello que referían no podía haber sucedido.

"Era sólo una invención de los pérfidos ingleses, imaginada y puesta en circulación con depravado intento".

Este relato, que don Andrés Bello aprobó en su oportunidad, merece que lo consideremos para apreciar la riqueza de indicios que presenta.

Tenemos, en primer lugar, la llegada de los números del *Times* con el oficio que advertía que aquellos contenían "noticias muy dignas de ser consideradas". Nadie muestra interés y el gobernador ordena a Bello, acaso por ordenar algo, que traduzca los artículos que vienen señalados. Este toma los diarios, los hojea desganadamente con el propósito de medir el trabajo, los dobla y los deja de lado. En el despacho nada corre a prisa.

Al día siguiente, el gobernador pregunta a Bello, "siempre con indiferencia", por la traducción. Don Andrés se disculpa y para evitar que más adelante pueda repetirse la pregunta, desde luego echa mano a la tarea. Ahora comienzan las sorpresas. Los diarios anuncian sencillamente el desplome de la monarquía española.

Casas lee apresuradamente los pedazos de papel que le va entregando el secretario. Las noticias se confirman unas con otras y los documentos copiados no debieran dejar la menor duda; pero tanto el gobernador, como los personajes que convoca a reunión, no dan crédito al diario. Desconocen en tal forma la seriedad del *Times* y por otra parte están tan seguros de la omnipotencia y el prestigio de la monarquía, que todo les huele a pobre artimaña. La Sacra Católica Real Majestad, cabeza de unos dominios tan extensos como ricos y privilegiada con el toque de la Divinidad, era imposible que cayera de la noche a la mañana bajo la presión de fuerzas foráneas, y menos aún en la forma incau-

ta que dejaban traslucir las informaciones del periódico de marras.

En verdad, tanto el gobernador como sus allegados, no tenían elementos de juicio en qué basarse. Los habitantes de América vivían engolfados en sus regiones y si alguna visión mayor podían tener, aquella era, a lo sumo, la del Imperio Español, fuera del cual apenas si quedaban algunas regiones que pudieran considerarse y sobre las cuales, por lo mismo, existía la mayor ignorancia.

Si en Venezuela, región del Caribe, que era como el regazo de las comunicaciones con el Viejo Mundo, se ignoraba y despreciaba, en la forma que hemos visto, lo relacionado con los asuntos europeos ¡qué podría esperarse del resto del continente! ¡Ni qué decir nada de Chile, desconocido extremo de la tierra, sujeto de hecho a la autoridad de uno de los virreinos más tradicionales y rancios, como era el del Perú!

Salvador de Madariaga en su *Cuadro Histórico de las Indias* ha captado con finura de artífice el problema americano general que hemos venido tratando. Cedamos espacio a sus líneas, que rubrican lo dicho

"La vida que floreció en las Indias debió su color, aroma y encanto, precisamente al hecho de que España conservó su Imperio, si no del todo cerrado y aislado, por lo menos al abrigo de los embates y corrientes del mundo exterior. Fueron las Indias como un jardín acuático que florece en un canal de lenta circulación, derivado de la corriente general de la Historia. Esta corriente general histórica iba poco a poco alejando de la cristiandad a los hombres, llevándolos por el Renacimiento y la Reforma hacia un humanismo librepensador que iba a desembocar fatalmente en la era de la máquina que hoy nos devora. El mundo español siguió, y aún todavía sigue hasta cierto punto, al margen de esta evolución del hombre occidental"¹⁰.

Alejada, pues, del "mundanal ruido", la América vivió tres siglos.

No cabe pronunciarse si aquel aislamien-

to fué para bien o para mal; sólo debemos comprobar tal característica y escudriñar cómo se realizaba la vida colonial, cuáles eran las aspiraciones y en qué ambiente se vivía.

Don Benjamín Vicuña Mackenna en su *Ostracismo del general O'Higgins* ha trazado un verdadero cuadro interpretativo, lleno de sabor chileno, sobre la vida colonial en vísperas de la independencia¹¹. El cuadro es de cierta extensión; pero aquí sólo nos limitaremos a copiar algunos párrafos para dar una idea del concepto del autor.

"En una cama de pellones, con un burdo rebozo de bayeta echado a la cabeza, que le tapaba las sienes y la vista, el alma remojada en agua bendita y los labios húmedos de vaporoso *chacoli*, dormía Chile, joven y gigante, manso y gordo *huaso*, semi-bárbaro y *beato*, su siesta de colono, echado entre viñas y sandiales, el vientre repleto de trigo, para no sentir el hambre del trabajo, la almohada henchida de novenas y reliquias para no tener miedo al diablo y a los espíritus en su lóbrega noche de reposo.

"No había por toda la tierra una sola señal de vida, y sí sólo de hartura y de pereza".

"Vivían entonces las gentes como en el paraíso musulmán, sólo de baratos deleites, sin codicia de lo ajeno, ni aún del cielo. Los campos estaban empapados de leche, las flores destilaban miel, los árboles llovían sus frutos sazonzados al remecer sus troncos succulentos, y las anchas acequias de los riegos tenían por *tacos* el oloroso residuo de los naranjos y limoneros de las huertas, que soltaban sus pomos de oro y sus racimos de azahares al leve beso del ambiente, sin que hubieran manos que bastaran a cogerlos".

"Y así, Chile todo era un campo, un surco, una rústica faena, y el *huaso* era en consecuencia el señor, el tipo, el hijo predilecto de aquella tierra que repugnaba las ciudades, fundadas sólo a fuerza de decretos y pomposos privilegios.

"¡Tal era el país!"

Siguiendo con la descripción de la sociedad

¹⁰ Obra citada, pág. 429.

¹¹ Obra citada, pág. 83.

colonial, anota el historiador: "La Pascua y el Carnaval eran sus solos días de gala y alegría, cuando se experimentaba un deleite loco, un frenesí delirante por la *chaya* y la *chacota*. ¿Cuál fiesta entonces como un *esquinazo* con cueros de carnero? ¿Cuál meteoro más digno de la astronomía criolla y colonial que el lampo y la cauda de los voladores en la callada noche? ¿Cuál orquesta como un *repique* general de todas las campanas, al perpetuo entrar y salir de las imágenes que van en procesión?"

"Llamábanse a aquellas costumbres *patriarcales*, y consisten en mudarse camisa de ocho en ocho días, en afeitarse cada mes, oír misa todos los días, asistir a todas las novenas, dormir la siesta y casarse, porque el matrimonio era también una costumbre patriarcal".

"¿Y el pueblo? El pueblo era un individuo que se vestía de jerga y de tocuyo. Llamábanle por esto *roto*, y a la comunidad del pueblo llamáronla en consecuencia *roteria*, y como tal vivía el pueblo colonial la descansada vida de la inercia, harto de los abundosos bienes de la madre tierra. El tiempo era sólo para la muchedumbre un cielo de vegetación y crecimiento que se abría con el alumbramiento de la madre y concluía en la pala del sepulturero. El hombre moral que vivía bajo el poncho, era la nada; el estómago era todo; y por esto el colono proletario contaba los años y medía la diversidad de las estaciones sin otro barómetro que la mudanza de su fácil alimento. Así, el invierno era sólo el *zapallo asado*, y el verano los *sandiales*. No había otro trabajo que la aguja y la tijera de los gremios. La industria no pasaba más allá de las *esteras* y *capachos*, y el mayor de los inventos nacionales era el de los *frenos de Peñaflo*r o los herrajes plateados de Coquimbo, pues era fuerza que la civilización del hombre de a caballo debiera comenzar por su montura. Su religión eran sus temores de las llamas del infierno, y su virtud la índole de la naturaleza, sin mejora ni extravío, porque el *roto* era, por fortuna, una casta gene-

rosa, incapaz de desenfrenarse por los vicios. Una pasión solamente encontraba en su alma raíces hondas y ardientes, como el fuego del averno que temían, y ésta era el fanatismo religioso y las supersticiones de los hábitos caseros, que le hacía vivir en atroz comunidad con las ánimas, los brujos y demonios. Tenían en consecuencia, en la corte celestial sus defensores y patronos y sus hermandades y cofradías en la tierra. El pueblo era entonces tan *pechoño* como es hoy; y si hubiera visto impasible destruirse una nación por un derecho o una conquista, no habría quedado dentro de su vaina un solo cuchillo chileno si fuera en defensa de una espina de la corona del *Señor de Mayo*, que sujeta los temblores, o para recobrar una perla del rosario de la virgen de Andacollo, que sana de las *reumas* y *Chabalongos*.

"¡Tal era el pueblo colonial!"

Cualesquiera que sean las críticas que se puedan hacer a las palabras de Vicuña Mackenna, ellas quedarán como una interpretación bastante aproximada de lo que fué el Chile de fines del período colonial. El mismo autor que citábamos hace poco, Madariaga, ha sustentado conceptos análogos extensivos a toda América, aunque en forma sintética: "Sean cualesquiera los errores del régimen español, nada hay más cierto que la riqueza, la prosperidad y el general contento con que vivían entonces la mayoría de los habitantes de las Indias; y que aquellos reinos, hasta la víspera misma de su emancipación, sostuvieron un nivel de vida que no han conocido desde entonces acá. Pese a lo que con frecuencia se ha dicho, fué esta prosperidad muy extensa, tanto en territorio como en profundidad social, penetrando hasta las provincias lejanas de las cortes respectivas y hasta las clases y castas más modestas"¹².

En las citas que hemos hecho, tanto de Vicuña Mackenna como de Madariaga, hay el sabor de una época tranquila y plácida. ¿Fué aquello tan cierto? Creemos que en general

¹² Madariaga, *Cuadro histórico*.

sí, y a demostrarlo dedicaremos el resto del artículo.

* * *

La imagen que se tiene generalmente del período de la dominación española en Chile, es la de un período oscuro, alucinado por las correrías de los piratas y los frecuentes terremotos, y agobiado por la tenacidad de la guerra del Sur, que habría dado carácter a la época y a la raza. Tales elementos, si bien pueden aplicarse a los siglos XVI y XVII, son menos evidentes para el XVIII, en el que es notorio el efecto de una lenta evolución que ha llevado consigo una disminución de la rudeza de las primeras épocas. Fué la calma que precede a la tormenta. Y de aquí un problema:

¿Cómo pudo haber tranquilidad en víspera de cambios tan radicales?

Tanto la guerra de Arauco como las demás calamidades apenas si tienen significación en el siglo XVIII. Son más bien recuerdos que se desvanecen o páginas de crónicas olvidadas. Los nombres de grandes capitanes, García Ramón, Alonso de Ribera, Bernal del Mercado, Alvaro Núñez de Pineda, etc., adalides en las campañas contra los indios, no encuentran parangón en el último siglo colonial. Las batallas campales, los asaltos y las griterías de los araucanos, pausadamente se han ido extinguendo. Difícilmente queda alguien que pueda narrar, aún de oídas, las correrías de los piratas, el ensayo de la Guerra Defensiva —solución desesperada a una lucha incesante— o las cacerías de indígenas esclavos. Drake, Hawkins, Cordes y Sharp, son pesadillas de otrora. Al pasado pertenecen, igualmente, los escándalos de la Quintrala y los del gobernador Meneses, como asimismo, muchas páginas oscuras de otros gobernantes.

El tiempo se había llevado esas cosas.

Existía un nuevo ambiente. Se vivía en paz.

La guerra de Arauco había perdido su intensidad al promediar el siglo, e igualmente la amenaza de los corsarios, situación que se

reflejaba en el estado de las tropas y todo lo que atañía a la defensa, como eran las fortificaciones y el armamento. Veamos lo que al respecto dice Frezier, que visitó el país hacia 1713: "Lo que se puede decir en general de las fuerzas de los españoles en este país, es que su milicia está compuesta por hombres muy dispersados, nada aguerridos y mal armados... los españoles no tienen fortificaciones en sus tierras, donde puedan estar en seguridad, a no ser que se refugien en las montañas, y contra las fuerzas de mar no tienen más que las de Valdivia y de Valparaíso, una llena de gentes de presidio, y la otra, mal edificada y en mal estado. No tomo en cuenta el fuerte de Chacao en la isla de Chiloé, porque no merece ese nombre por su construcción ni por sus municiones"¹³.

El mismo autor, refiriéndose en particular a Concepción, la principal plaza militar, escribe: "Por única defensa se ve una batería de barbata a la orilla del mar, que no flanquea más que el fondeadero frente a la ciudad que está a un cuarto de legua al N.O. y además de que no tiene más que treinta y cinco toesas de largo por siete de ancho, está en muy mal estado, la mitad sin plataforma y poco sólidamente edificada con piedra de bolón.

"Los cañones no están en mejor estado; allí se ven nueve de bronce de calibres irregulares, de 23 a 17 libras, es decir, de 24 a 18 de España, de los cuales cuatro están montados en pésimas cureñas; las piezas más grandes tienen 13½ pies de largo, 7½ pies desde la boca del cañón a los muñones, y cinco pies nueve pulgadas de éstos al botón; todas estas piezas tienen los oídos, de tal modo desfogonados, que se han visto obligados a meterles pedacitos de fierro. Son de la fundición de Lima y de los años de 1618 y 1621"¹⁴. O sea, estaban en funciones desde hacía un siglo.

Parecidos términos emplea el autor para pintar el estado de Valparaíso, el puerto más cercano a la capital y base del comercio del

¹³ *Relación del viaje por la Mar del Sur*, Santiago, pág. 81.

¹⁴ *Ibidem*, pág. 14.

trigo, los cordobanes y el sebo: el fuerte "es de poca importancia, sea por estar mal construido, sea porque la rada que defiende está vecina de otras ensenadas que tienen las mismas comodidades que ésta"¹⁵.

No mejores opiniones podían emitirse de la célebre plaza fuerte de Valdivia hacia 1810, año en que don Juan Mackenna presentó a la Junta de Gobierno su *Plan de Defensa*. Leamos en dicho documento: "Confesamos que esta fortaleza natural [La Cordillera de la Costa] no es inexpugnable, pero lo es mucho más que los fuertes construidos para la defensa del puerto; éstos, mirados desde el río, presentan un aspecto verdaderamente formidable, pero por la gola muchos están abiertos, y todos dominados con padrastrós a tiro de pistola; de modo que si el enemigo desembarcara 400 o 500 hombres detrás del fuerte de San Carlos o en la playa del Inglés, que ofrece un fácil seguro desembarco, y se dirigiera al puerto por las alturas, tomaría en detalle todos los fuertes, sin pérdida, por bien defendidos que fuesen". La toma de aquella plaza por Cochrane en 1820, confirmó una a una las palabras del irlandés.

Siguiendo más adelante con sus consideraciones, Mackenna llegaba a la conclusión que para defender convenientemente a Valdivia se necesitaba "duplo número de tropas de la que hay en todo el reino" y que en el estado en que estaban las defensas, ellas no podían resistir a "dos fragatas de guerra"¹⁶.

En cuanto a Valparaíso, dice en el *Plan*: "En su fortificación se ha guardado el mismo método observado en Chiloé, Valdivia, Frontera de Concepción, etc., y es abrazar muchos puntos, fortificarlos mal y guarnecerlos peor, siendo, por lo general, tan poca la tropa en cada punto, que su fuerza es más proporcionada a vigías observatorios que a la defensa de fuertes".

Eso era lo que podía decirse de las defensas, que no tenían de qué defenderse, como no fueran las críticas. Pasemos ahora a conside-

rar el ambiente en que se desenvolvía la sociedad colonial.

La vida era fácil, los precios bajos, el trabajo poco y las diversiones muchas. En los campos se saboreaba la vida sin apuro, permitiendo, la agricultura de poco esfuerzo y la ganadería, una existencia holgada a una maza de inquilinos mestizos y una muy regalada a sus patronés.

"Las estancias o casas de campo —anotaba Byron en 1741— son muy pintorescas y tienen por lo general una linda plantación de olivos y grandes viñas. En mi opinión, el vino de Chile es tan bueno como el de Madera, y se produce en tanta cantidad, que se vende a precios sumamente baratos. El suelo de este país es tan fértil, que los labradores no tienen que hacer gran cosa; porque con escarbar un poco la tierra, y sin emplear ningún abono, les rinde el céntuplo. Sin duda alguna, el trigo de Chile es el más rico del mundo y todas las variedades de frutas son excelentes. El ganado es tan barato, que uno puede comprarse una hermosa vaca por tres pesos y una oveja gorda por dos pesetas. Los caballos son extraordinariamente buenos, y aunque algunos alcanzan grandes precios, es fácil adquirir uno bastante bueno por unos cuatro pesos . . . Tiene que ser un indio muy pobre el que no posea sus cuatro o cinco caballos; y no hay en el mundo mejores jinetes que los chilenos, lo que no es de extrañar, porque jamás se resuelven a andar de a pie más de unas cien yardas"¹⁷.

En las ciudades había mayor actividad; pero también la pereza la invadía y el criollo no lograba sacudir la modorra. Veamos, por ejemplo, lo que dice Mellet sobre el habitante de la ciudad: "Su manera de vivir es muy sencilla; los que no trabajan en el comercio se levantan muy tarde, como las mujeres. En seguida, permanecen con los brazos cruzados hasta que se les ocurre ir a fumar un cigarrillo con sus vecinos. A menudo hay diez o doce a la puerta de una pulpería (especie de almacén donde se les vende vino, aguar-

¹⁵ Ibidem, pág. 66.

¹⁶ *Colección de historiadores de la Independencia*, tomo XIX, pág. 111.

¹⁷ *Relación del honorable John Byron*, Santiago, 1901, pág. 133.

diente y otros licores, como asimismo, telas, ropa y baratijas). Después de haber conversado, fumado y pasado la mañana, es decir, haber tomado aguardiente, suben a caballo y van a dar un paseo, no por el llano, sino por las calles, antes de retirarse a sus casas. Si desean, bajan del caballo y se unen a los amigos que encuentran, charlan dos horas sin decir nada, fuman, toman mate y vuelven a montar a caballo: por lo general es muy raro que un español ande a pie, y en las calles se ven tantos caballos como hombres. La caza abunda en los alrededores de la ciudad, pero los habitantes no son aficionados a este ejercicio que los fatigaría demasiado"¹⁸.

Cuando al anochecer concluían las escasas actividades, comenzaban las reuniones familiares y de amigos, las famosas tertulias, donde se intercambiaban los últimos chismes, se hacía música y se bailaba con discreción. "En la época más calurosa del año, las familias acostumbran reunirse desde las seis de la tarde hasta las dos o tres de la mañana para pasar el tiempo entre la música y otras diversiones. En estas reuniones se reparten bebidas heladas, que se preparan fácilmente gracias a la abundancia de nieve que proporciona la vecindad de la cordillera. Las intrigas no escasean en estas fiestas, porque no se piensa en otra cosa durante todo el año. Los fandangos son muy agradables: las mujeres bailan inimitablemente bien y con mucha gracia. Todas nacen con un oído privilegiado para la música, y hay muchas que tienen voces deliciosas; además tocan muy bien el harpa y la guitarra. El arpa, al principio, parece un instrumento horrible para la mujer; pero, luego desaparece el prejuicio, porque, comparadas con las mujeres de otros pueblos, sobresalen en el arte de tocarla. Las damas son extremadamente corteses y complacientes, y cuando se les pide que toquen, que canten o que bailen, lo hacen sin vacilar un momento y con muchísima gracia"¹⁹.

Aquellas reuniones no sólo se limitaban a

la capital y a las clases acomodadas, sino que se encontraban de todas calidades en cualquier parte, sin que faltase la música y el buen trago, como lo demuestra Mellet al hablar de Quillota: "Los habitantes son amables y muy inclinados a las diversiones; les gusta mucho la música y tocan bastante bien la guitarra, su instrumento favorito; también les apasionan los bailes, que ejecutan con gracia y agilidad; pero tienen una inclinación irresistible por la bebida"²⁰.

Si siguiéramos buscando en las páginas de los viajeros aquellos párrafos que retratan a la sociedad y las costumbres de fines del siglo XVIII o comienzos del XIX, llegaríamos a una conclusión general: todos ellos acusan la presencia de una comunidad atrasada, pero feliz. Si tomamos a Frezier, a Vancouver, a Byron o a cualquier otro, vamos a comprobar la falta de ilustración que reinaba, el fanatismo religioso, el atraso de las técnicas, las costumbres chocantes del bajo pueblo, el desaseo general, la falta de comodidades y el retraso de las actividades que hacen a las naciones ricas. Pero al otro lado de la balanza veremos, colocado por los mismos autores, a un criollo satisfecho que no repara en sus defectos y que se limita a pasar la existencia lo mejor que puede. Y la pasa bien... porque ése es su mundo.

No había en la víspera de la independencia aquellos fermentos amargos que lanzan a los pueblos ciegamente a las vorágines revolucionarias. No había motivos para pensar en subversión, palabra que sonaría muy extraña en el oído del criollo, porque todo era tranquilidad. La protesta airada e insolente no se conocía; a lo más había quejas respetuosas, que seguían una tramitación burocrática, como cualquier asunto

Jorge Juan y Antonio de Ulloa, a quienes ya tantas veces hemos citado, vendrán una vez más para ayudarnos a finalizar el aspecto del siglo XVIII americano, que podemos hacer extensivo a Chile: "Los habitantes de las Indias, tanto criollos como europeos, y par-

¹⁸ Julien Mellet *Voyage dans l'intérieur de l'Amérique Meridionale*, París, 1824, pág. 71.

¹⁹ Byron, pág. 135.

²⁰ Mellet, pág. 73.

ticularmente los del Perú, de quienes hablamos en particular, permaneciendo siempre leales a los Reyes de España e inmutables en la fe, no pueden tener razón para apetecer otro gobierno que les sea más ventajoso, una libertad más completa que la que tienen, ni mayor seguridad en sus propiedades. Allí viven todos, según quieren, sin pensión de gabela, porque todas están reducidas a las alcabalas, y aún en éstas queda ya visto con cuanto voluntariedad contribuyen; no tienen otra sujeción a los gobernadores que la que voluntariamente les quieren prestar; careciendo de todo temor a las justicias, casi no se reconocen como vasallos, porque cada uno se considera un soberano; y por este temor son tan dueños de sí, del país y de sus bienes, que nunca llega a sus ánimos el temor de perder cosa alguna de su caudal, con el motivo de la necesidad que suelen padecer los monarcas cuando la dilación de las guerras menoscaba sus rentas, obligándoles a acrecentar las pensiones a los vasallos para haberla de sostener. El que allí tiene haciendas es dueño de ellas

y de su producto libremente; el que comercia, de las mercaderías y frutos que maneja; el rico no teme que su caudal se disminuya porque el Rey le pida algún empréstito, ni lo ponga en la precisión de hacer gastos exorbitantes; el pobre no anda fugitivo y ausente de su casa por temor de que lo hagan soldado contra su voluntad; y así los blancos como los mestizos están tan distantes de que el gobierno los multe, que si supieran aprovechar de las comodidades que gozan y de la bondad del país, podrían con justos títulos ser envidiados de todas las naciones por las muchas que gozan bajo el establecimiento del gobierno en que viven, y la mucha libertad que con él consiguen" ²¹.

Tal era el ambiente, el mundo en que se vivía, en los momentos que precedieron al más grande cambio experimentado por nuestra nación.

²¹ *Noticias secretas*, pág. 334.